

Cincuentenario

El Premio Nobel que no pudo entregarse: Pasternak

Luis Rivas Rivas

Escritor, Profesor Principal de la USAT.

Reconocido y galardonado en Occidente por la alta calidad de su obra literaria; pero hostilizado y difamado en su país por no someterse a los parámetros del régimen, el 30 de mayo de 1960 murió Boris Pasternak, Premio Nobel 1958.

Desde muy joven se perfiló como poeta y narrador de talento, mas su renombre internacional está vinculado sobre todo a su novela "*El Doctor Zhivago*". Por ella, recibió los elogios más encendidos y, también, las diatribas más inexplicables.

La apasionada controversia entre sus partidarios y sus detractores llegó al clímax cuando la Academia Sueca, el 24 de octubre de 1958, le comunicó al escritor que se le había otorgado el Premio Nobel y lo invitó para hacerle entrega del mismo el 10 de diciembre del mismo año. Dos días después, Pasternak, "agradecido, emocionado, orgulloso" –según sus propias palabras– aceptó acudir a la entrega del premio.

Críticos y lectores de diversas latitudes aplaudieron el acierto de la Academia Sueca. Paradójicamente, no ocurrió lo mismo en la patria del galardonado, quien fue perseguido, aislado de sus amigos e incomunicado, y el 28 de octubre fue expulsado de la Asociación de Escritores Soviéticos. Por todo ello, y ante las amenazas que se cernían contra él y su familia, Pasternak se vio obligado a declinar el Premio. A pesar de ello, se intentó despojarlo de su ciudadanía, desalojarlo de la casa donde vivía (era de la Asociación) y expulsarlo del país.

Una reacción tan severa de las autoridades soviéticas, sumada a la prohibición de editar el libro (que había sido publicado un año antes en Italia y luego en Inglaterra, Francia y otros países) haría pensar que la novela de Pasternak significaba un cuestionamiento frontal al sistema imperante en su país; pero no era así. Al escritor no le atraía la política. Le interesaban el arte, el ser humano y su entorno, la fe religiosa, la naturaleza. Los bosques y las estepas de Rusia –descritos con prolija ternura– alcanzan en sus textos una plasticidad y una belleza admirables.

No había, pues, en su obra ninguna crítica explícita al régimen soviético. Tampoco, un cuestionamiento de los sistemas colectivistas, como puede hallarse, por ejemplo, en *La granja de los animales* de George Orwell, "*Un día en la vida de Iván Denisovich*" de Alexandr Solzhenitsin o "*Un mundo feliz*" de Aldous Huxley. En consecuencia, es evidente que se le condenaba sólo porque expresaba sus ideas y sentimientos sin sujetarse a las exigencias del oficialismo. No consintió nunca en

utilizar su obra como instrumento de propaganda política. En lugar de loas a los jerarcas, escribía fascinado por el vasto paisaje de su patria. Se interesaba en temas de proyección universal, como el de la dignidad de la persona humana (que es capaz de hacer frente, a veces indefenso, a múltiples circunstancias adversas); por las ricas posibilidades expresivas del arte; por el destino trascendente del hombre, sustentado en una profunda fe cristiana.

Su actitud sincera, íntegra, siempre respetuosa de la opinión ajena pero sin dobleces, contrastaba con la de aquellos que se beneficiaban halagando a los poderosos. Su rechazo de toda actitud gregaria, su coraje de pensar con independencia en un contexto de “verdades” oficiales, le ganaban la admiración del mundo. Pero en su país se le veía como un caso anómalo y se le consideraba como “un formalista decadente, en desacuerdo con su época y con su pueblo”.

Pasternak había nacido en 1890 en Moscú, en un hogar de artistas. Su madre era pianista y su padre había destacado como pintor retratista que había llevado al lienzo a escritores famosos como León Tolstoi y Reiner María Rilke. Suele afirmarse que recibió el bautismo cristiano en secreto porque el ambiente judío en el que se crió fomentaba otras inclinaciones religiosas.

Su obra fue inicialmente bien valorada. Desde 1914 había dejado sus estudios de filosofía y de música para dar prioridad a su vocación literaria. Se ganaba la vida como profesor particular y escribía en su tiempo libre. Aquel año tradujo *El cántaro roto* de Kleist y publicó su primer poemario *“El gemelo en la nube”*. Posteriormente, publicó el relato *“La infancia de Luver”* y el poemario *“Temas y variaciones”* (1924), *“Spektorski”* (1926), *“El año 1905”* y *“El teniente Schmidt”* (1927). Y durante algún tiempo se le consideró el mejor poeta de la era post revolucionaria

En 1934, la edición de su Poesía Completa entusiasmó a muchos intelectuales. Pero se fue haciendo cada vez más evidente que su cosmovisión, tan heterodoxa desde el punto de vista del régimen, le ganaba creciente antipatía en las esferas del poder. Se le permitió continuar con su excelente trabajo de traductor (de Shakespeare, Goethe, Schiller, Kleist, Verlaine), pues éste no colisionaba con la filosofía oficial. Pero no gozaba de la misma aquiescencia su propia producción, aunque ésta no contenía críticas al régimen, no era contrarrevolucionaria.

La crítica solía señalar que en la poesía de Pasternak se conjugaban la tradición clásica, la musicalidad de los simbolistas, el lenguaje coloquial del futurismo y la imagería de los surrealistas. Y su temática se inspiraba con frecuencia en la fascinante belleza del vasto panorama ruso o en pasajes memorables de los Evangelios y de la Biblia en general. Veamos algunos versos que Pasternak pone en labios de su personaje Yuri Zhivago:

“Cuando en la semana postrera / entró en Jerusalén, / la gente, con ramos y con hosannas, / yendo tras Él clamoreaba. // Vinieron luego días crueles / los corazones ya no amaban, / los semblantes se demudaban / por el odio, y así llegó el último día. // El cielo, con pesadez de plomo, / sobre los patios se acostaba. / Los fariseos, cual lobos, / por doquier pruebas buscaban. // La fuerza tétrica del templo / dictó su juicio al populacho, / y los que antes lo veneraron, / con el mismo ardor, lo maldijeron. // La muchedumbre, por las calles, / y de las puertas en los umbrales, / apretujaba, empujaba, / el desenlace aguardaba. // Comentaban en voz muy baja, / tantas cosas se contaban: / la huida a Egipto, la infancia, / como un sueño se evocaban”.

Estos versos corresponden al poema de Yuri Zhivago titulado “Días malos”. La novela galardonada con el Nobel termina precisamente cuando dos personajes, Gordon y Dúdorov, desde un lugar elevado desde el cual pueden contemplar Moscú, están hojeando el cuaderno de los escritos de Yuri. Entre esos poemas figuran leyendas, como la del caballero heroico que, con ayuda de su caballo, derrotó al dragón que aterraba al pueblo con la exigencia constante de doncellas a las que devoraba. Hallamos también poemas de hondo simbolismo (“Noche de invierno”), evocaciones nostálgicas de San Petersburgo (“La noche blanca”) y, también, otros inspirados en obras clásicas como “Hamlet”. Pero la mayoría se inspiran en la Sagrada Escritura como “El huerto de Getsemaní”, “La estrella de Belén”, “Milagro”, “Magdalena”.

Desconcierta no hallar en el libro una línea que justifique la furia oficial contra Pasternak, salvo sutiles alusiones a la falta de libertad, como las que se insinúan en los párrafos finales de la novela, ubicados, en la ficción, al término de la segunda guerra mundial:

“La victoria no había traído consigo ni la luz ni la libertad que esperaban para después de la guerra, como habían pensado. Pero esto no tenía importancia: el presagio de la libertad estaba en el aire, en los años de la posguerra, y constituía su único contenido histórico”.

“A los dos amigos, envejecidos ya, junto a la ventana, les parecía que había llegado ya aquella libertad del alma, que precisamente aquella noche el futuro se había colocado tangiblemente en las calles que se extendían a sus pies, que ellos mismos habían entrado en el futuro y, que desde aquel momento se encontraban en él. Una feliz y serena quietud para aquella sagrada ciudad y para toda la tierra, para los personajes de esta historia llegados hasta esa noche y para sus hijos, pareció penetrar en ellos y sujetarlos con una suave música de felicidad que se extendía a lo lejos, por todas partes. En sus manos el pequeño cuaderno parecía saber todo esto y

confirmaba y daba certidumbre a sus sentimientos". ("El doctor Zhivago", pp. 562-563 Grandes Premios Nobel- "El Comercio").

Los últimos meses de la vida de Pasternak, es decir el lapso comprendido entre la noticia de que había ganado el Premio Nobel (octubre de 1958) y su deceso (mayo de 1960) fueron muy duros. Y mientras en Occidente los pueblos leían "El doctor Zhivago" y acudían a ver las versiones cinematográficas de la obra; en la patria de Pasternak el libro estaba prohibido y su autor anatematizado.

En el Perú, un joven chiclayano que estudiaba en La Cantuta, Gregorio Barrios Vílchez, publicó un hermoso y emotivo ensayo sobre Pasternak. En nuestra tierra aquel joven escritor (que murió trágica y prematuramente en Mar del Plata) era conocido como Grebavil, seudónimo con el que, desde su temprana adolescencia, firmaba sus artículos en el diario La Industria de Chiclayo.

Pocos meses antes de su ausencia definitiva, Grebavil fundó en Lima la Agrupación Cultural Boris Pasternak. Y recuerdo mucho que el ensayo que dedicó al laureado novelista terminaba con estos versos del autor de "El doctor Zhivago": *"Perdido estoy como bestia acorralada, / allende hay gentes, libertad y luz"*.